



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM. 10457

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
ero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º
y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SABADO 12 DE SEPTIEMBRE DE 1896.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loretta, rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA PREPARATORIA MILITAR

a cargo del Capitán de Ingenieros D. Salvador Navarro y Teniente de Arti-
llería D. Fulgencio Quetouli.

JARA 1, PRINCIPAL, ESQUINA A LA DE LOS CUATRO SANTOS

Continúa abierta la matrícula para las oposiciones de Mayo próximo

MATERIAL AGRICOLA

Preñes para viñedo.—Bombas para
trasiego, picos, vivas y rociar plantas
—Norias para pozos, movidas a vapor
viento ó caballería.—Máquinas para ta-
ponar y limpiar botellas.—Espino ar-
tificial para cercados.—Arados de ver-
tedera.—Desgranadoras de maíz.—
Vías férreas, wagonetas, plataformas,
cambios, etc., para transporte de frutos.
Azadas, leoncos, picos.—Tuberías de
goma y otras.

CAMILO PEREZ LUBRE
12, CASTELLINI, 12.

Véase anuncio MODA Y AR-
TE en la tercera plana.

TROPAS A FILIPINAS

Hay que volver a tocar la mar-
cha de Odis y asomarse al muelle
a gritar ¡viva España! Hay que dar
el abrazo de despedida a los ami-
gos que van a defender la patria
contra los amagos de la traición.
Hay que poner la cara alegre, aun-
que se tenga el alma triste al ver
cómo desfilan uno a uno los ami-
gos, los pacientes, los que fueron
nuestros condiscipulos, ora hacia
Oriente buscando las playas filipinas, ora hacia Occidente en de-
manda de las maniguas cubanas.

La patria llama a sus hijos a la
guerra y éstos requieren el arma
ofensiva, y se disponen a la lucha,
con la sonrisa en los labios, el sen-
timiento del deber en la conciencia
y el fuego del patriotismo en el
corazon.

El cuadro es triste, pero es gran-
dioso. El sentimiento que levanta
en el alma la presencia de los sol-
dados que ayer salieron de sus ca-
sas para hacer la vida de cuartel
y hoy dejan esto por los peligros
de la campaña, es de tierna sim-
patía pero también de soberano or-
gullo.

Al ver a esos soldados, casi ni-
ños, que pasan rápidamente de la
tierra firme a los trasallantes que
los han de llevar donde se al-
bergan los enemigos de España,
se sienten hervores en la sangre, y
alborotos en los nervios, y el espí-
ritu se ensancha y se eleva, agi-
tantándose, como si todos los he-
roes que escribieron con sus proe-
zas las páginas de oro del libro de
la patria vinieran a nosotros a
prestar nos su aliento.

Sólo así se comprende esta for-
taleza inmovible del pueblo es-
pañol; así se explica que no se ha-
yan agotado ya los tesoros de fé
y esperanza que todos sentimos.

Aun valernos, aun sermos, aun no
desmerecernos de aquellos héroes
de la reconquista ni de los que se
sacrificaron por la independencia;
y es seguro que si aquellos esfor-
zados campeones pudiesen reco-
brar la vida y dejar sus lumbas, al
ver el armamento de los que se

van y el entusiasmo de los que los
despiden, dirían:—Sin duda son
estos nuestros hijos.

Ni la insurrección de Cuba con
todos sus horrores y violencias; ni
la sublevación de Filipinas a enor-
me distancia de la metrópoli; ni
la soledad en que nos vemos; ni la
sinrazón con que nos tratan los
que nos deben cortesía ya que no
gratitud; ni esta labor de zapa que
hace a nuestro alrededor el sepa-
ratismo, son causas bastantes a
desesperarnos y vencernos. Al con-
trario, los obstáculos agigantan
nuestra fé y nos encuentran dis-
puestos a mayores sacrificios.

¿Hacen falta tropas en Cuba?
Pues allá van batallones numero-
sos, entre los cuales hemos visto
desfilar a los bravos de España y
Sevilla pidiendo puesto de honor
en el combate.

¿Hacen falta tropas en Filipinas?
Pues allá van millares de soldados,
sin que a ellos les conmueva el te-
mor a los peligris ni nos aterre a
nosotros este enorme trasiego de
gente que va de la metrópoli a las
colonias.

Listo para marchar hay en Car-
tagena un batallón de Infantería
de Marina. Dentro de cuarenta y
ocho horas habrá abandonado el
suelo de la patria. Cuando vuelva
a salir nuestro periódico ya estará
camino de Manila el brillante ba-
tallón.

Con el írán amigos cariñosos en
sus manos habremos estrechado
con honda pena al despedirlos.

En tanto llega el momento de la
partida, El Eco de Cartagena sa-
luda con jubiloso entusiasmo a los
expedicionarios y grita con todas
las energías de su alma:

¡Viva España!
¡Viva la Infantería de Marina!

TIJERETAZOS

Dice un periódico que la partida le-
vantada en armas últimamente en la
provincia de Valencia debe pasar a la
posteridad con el nombre de «la parti-
da fantasma».

¡Alto ahí!
Esa partida hizo sus proezas y tal.
Detuvo momentáneamente a tres hom-
bres y a dos mujeres.

Yo la llamaría mejor «la partida ga-
scosa» ó «la partida del humo».

Porque debió disolverse en el aire a
juzgar por la hinchada huella que dejó
de su paso.

La Correspondencia Militar ha clasi-
ficado a la tal partida en la clase de
baratas.

Y cree que ninguno de los hombres
que la componían estaba ajustado por
más de dos pesetas.

Puede ser.
Y puede que a esa baratura se deba
su paso breve por el mundo.

Porque qué se le va a exigir a un
sodoloso de a dos pesetas?

Lo que han hecho los rebeldes de Pe-
dralva:

Dar un paseo, armas al hombro, y
marcharse a casa a descansar de la
jornada.

¿Y será verdad lo que se dice?
Se asegura que esa partida ha sido
levantada con el oro filibustero.

Me pasa lo mismo que al *El Heraldo*
de Madrid: me parece que se le da al
oro de los separatistas más importan-
cia de la que tiene.

Ellos no estarán ociosos y nos move-
rán jaleo donde puedan.

Pero de eso a que el separatismo eu-
bano sea una especie de pulpo que lle-
gue con sus tentáculos a todas partes,
hay un mundo de diferencia.

Y conste, en honor a la verdad, que
no ponemos en duda que se parezcan
mucho a los animales de capucha y pa-
tas los *héroes de la carrera*, es decir los
soeces,—digo los secanes—del genera-
lísimo.

Eso del oro filibustero me preocupa
y me desvela.

Yo no lo he visto jamás, ni espero
verlo, como no he visto nunca el oro
inglés, ni el oro de la reacción, ni las
monedas de cinco duros, ni las demás
clases de oro que habrá por ahí y que
no conozco ni de oídas; pero el minis-
tro de Hacienda debe conocerlo y ha-
ría un gran servicio a los tontos expli-
cando las diferencias que existen entre
el oro filibustero y el oro... (iba a decir
español y ahora recuerdo que no lo
hay.)

Y conste que esas diferencias me im-
portan un pito..

En buena hora lo diga, no se han
manchado nunca mis manos con el con-
tacto del vil metal.

El Tiempo habla de unos puntos filipinos,
cabcillas ellos y risachones, que
van a ser deportados por el general
Blanco.

Y añade que en Filipinas se necesi-
tan repetidos actos de energía para do-
minar la insurrección y quitar a los in-
dígenas el humor de nuevas aventu-
ras.

¡Actos de energía!
Por mi parte que los fusilen.

¿Será eso bastante enérgico, colega?

El Sr. Retana ha disparado desde
Panticosa la carta número diez sobre
asuntos filipinos.

¿Y qué argumentos se trae el buen se-
ñor!

Véase la clase:

El general Blanco ha fracasado en el
mando del archipiélago y debe ser de-
puesto.

Pero le ha estallado en la mano la
bomba separatista y debe apaciguar al
país.

Y se queja el Sr. Retana de que le
digan cuchufletas *El Nacional* y *El*
Tiempo!

Después de todo debe estar orgulloso
el diputado de la mayoría.

¡Ahí es nada unirse en contra suya
los Sres. Silvela y Romero propieta-
rios ó inspiradores de dichos periódicos!

Si continúa ptumeando el Sr. Retana
va a lograr que se den los conservado-
res el abrazo fraternal.

¿Lo que no ha logrado el presidente
del Consejo!

Hable el patriotismo

Nada ha vuelto a saberse de la parti-
da levantada en armas en la provin-
cia de Valencia. Se formó en Canaleta;

estuvo unos minutos en la población;
requirió el armamento; rompió la mar-
cha y engolfóse en la oscuridad del
campo ó en las fragosidades de la sie-
rra, sin que alma viviente le haya po-
dido echar la vista encima.

Dicen los periódicos, y algo dice de
ello el telegrama oficial, que la partida
es republicana. En tal caso no tiene ra-
mificaciones el movimiento, porque no
hay partido republicano que en estos
momentos tenga a gala perturbar el or-
den.

El partido Nacional republicano no
tiene por qué hacer declaraciones; ya
las hizo en su tiempo y dijo que el pa-
triotismo vedaba a todo el mundo po-
ner dificultades al gobierno en su ges-
tión guerrera. Desde entonces apenas
he dado señales de vida al partido Na-
cional republicano, el cual comienza
por no aceptar como norma de con-
ducta el procedimiento de la revolución.

En cuanto a los partidos revoluciona-
rios, y especialmente el que recogió la
bandera de Ruiz Zorrilla, no se anda
con distingos para fijar su actitud en
estas horas de prueba por que pasa Es-
paña. Por boca de su jefe el Doctor
Esquerdo, ha manifestado el mal con-
cepto que formará de todo aquel que
olvide los actuales conflictos de la pa-
tria y se lance al campo a probar for-
tuna.

No solo formará mal concepto el
jefe del partido zorrillista de sus co-
rreligionarios que turben el orden, sino
que los arrojará de filas, negándoles
para siempre la entrada en ellas. En
una palabra, el Doctor Esquerdo consi-
derará como traidor a la patria a todo
el que contribuya con actos de violen-
cia a agravar su mal.

Sin duda es ese el acto de mayor re-
sonancia del Doctor Esquerdo desde
que gravita sobre sus hombros la he-
rencia que le dejara el hombre de la
protesta. Como Castelar y como tantos
otros hombres eminentes del republica-
nismo, al jefe de los progresistas revo-
lucionarios es más español que político
de partido y le interesan más y le po-
nen en más cuidado los intereses de Es-
paña que los intereses de la república.

¿Qué queda pues en el interior de la
península que engendre temores? La
actitud de los carlistas? Sin duda es al-
go vaga; pero también son españoles y
no han de gozarse en las desventuras
de España aumentándolas por propia
voluntad. Aun cuando su intento fuese
otro, bastará la actitud en que los repú-
blicanos de acción se colocan para que
hagan, como aquellos actos de patrio-
tismo, empeñando su palabra de espa-
ñoles fieles y amantes de su patria.

O con el gobierno ó contra el gobier-
no; es decir, ó con España ó con los
mambises y los tagalos. No hay térmi-
nos medios. El gobierno representa a
la nación en estos momentos y hay que
estar con ésta ó en su contra.

El patriotismo ha hablado por boca
de los republicanos.

Tienen la palabra los carlistas para
hacer declaraciones sin distingos, fran-
cas y breves como las del Doctor Es-
querdo.

EL SECRETO DE D. HONORATO

Siempre me llamó la atención y me
produjo mucha curiosidad la simpatía
que mi respetable amigo D. Honorato
tenía por toda clase de perros.

Yo le decía que era un maniático, y
él, sonriéndose filosóficamente, con-
testaba:

—Maniático, no; agradecido sí que
estoy a ese pobre animalito, al que no
le falta más que hablar el lenguaje hu-

mano, pues en el sayo bien claro se ex-
presa.

Y nada, que continuaba impertérrito
siempre con los bolsillos atestados de
frutos exquisitos, con los cuales iba ob-
sequiando a todo perro que le halia al
paso, desde el magnífico y bien culti-
vado Terranova, hasta el humilde y he-
sastrado golfo, mercedado el callejero!



Al comenzar el verano, época en que
los laceros andan a caza de canes, don
Honorato era por propio gusto infu-
namente explotado por aquellos agen-
tes de la higiene pública, sólo por verse
la satisfacción de que solían al pristo-
nero, cuyos lastimeros ahullidos le he-
gaban a mi buen amigo al corazón!

En el barrio donde vive tiene una
clientela especial que le acosa y le es-
pera en el portal, ansiando la ración quo-
tidiana, que nunca falta. Al salir el an-
fiteatro le asaltan con alegres ladridos,
meneos de cola y otros excesos.

—Pero, hombre, usted está loco.
—No lo crea usted; tengo mi cabal
juicio, gracias a Dios.

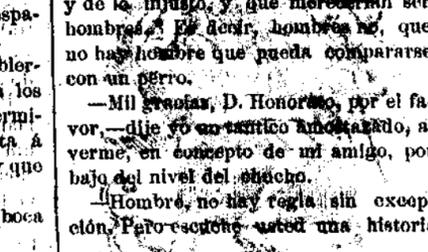
—Entonces pertenecerá usted a la so-
ciedad protectora de animales.

—Tampoco hay nada de eso. Esa so-
ciedad protege a toda clase de anima-
les, y a mí no me es simpático más que
el perro.

—Desearía saber...
—Bueno, hombre, bueno, le diré mi
secreto, porque es usted persona for-
mal y no quiero que tome por chifla-
ra lo que es pura y sencillamente agru-
decimiento profundo a esa raza privile-
giada tan afectuosa al hombre; hacia esos
seres leales que se dejan morir por la
muerte de un amo, que sostienen más y
mejor que los seres humanos a que
hasta horan, tienen razón de ser justo
y de la injusto, y que merecerían ser
hombres. Es decir, hombres no, que
no hay hombre que pueda compararse
con un perro.

—Mi gran amigo D. Honorato, por el fa-
vor,—dije yo en un momento de alboroto,
al verme en concepto de mi amigo, por
bajo del nivel del cochazo.

—Hombre, no hay regla sin excep-
ción. Pero escúteme usted una historia



Siempre me llamó la atención y me
produjo mucha curiosidad la simpatía
que mi respetable amigo D. Honorato
tenía por toda clase de perros.
Yo le decía que era un maniático, y
él, sonriéndose filosóficamente, con-
testaba:
—Maniático, no; agradecido sí que
estoy a ese pobre animalito, al que no
le falta más que hablar el lenguaje hu-